

TRILOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN: ZODIAC, SPOTLIGHT & GOOD NIGHT, AND GOOD LUCK

Rafael Cisneros González*

Artículo recibido: 22-10-2016

Aprobado: 15-01-2017

Es difícil —aclaro—, extremadamente difícil que una película de aspectos políticos, periodísticos e investigativos carezca de tendencias, pasando a ser nada más que una charlatanería dirigida a enemigos obvios y específicos. Hay un trecho enorme entre ‘tendencia’ y ‘perspectiva’. Las tendencias pueden ser azarosas, brindando detalles que podrían desequilibrar la información o, en el peor caso, malintencionarla. ‘Perspectiva’, la sola palabra se define a sí misma. La investigación no solamente debe estar basada en fuentes sólidas y estricta objetividad. La experiencia personal es de suma importancia cuando logra desarrollar, a tino de sutileza y un enfoque sólido, todo aquello que brinda substancia, y por tanto, relevancia cognitiva, más tarde prestándose al uso, a la práctica, a la posibilidad de aplicar dicha información como algo legítimo y verdadero.

El mundo paralelo, es decir, el cine, es la mejor manifestación de este planteamiento, donde la visión personal y la información se unifican para entregarnos todos los rostros posibles de una moneda de incontables caras. Ahí está ‘Dr. Strangelove’ con la veracidad de su aterradora información, pero moldeada con la sutileza del mejor humor negro jamás aplicado a tan controvertido, pero real, temática social. Por otra parte, ahí está el cine de propaganda, sea cual sea, donde plantean una estética específica con el objetivo de generalizar sociedades y moldear tendencias.

*Escritor en diversos fanzines y páginas como *Es Lo Cotidiano*; camarógrafo y editor de audiovisuales; ha participado en equipos de investigación sobre sociedad y comunicación.
jbstanislas@gmail.com

El cine no ve la moneda como un objeto plano de dos caras, sino como un circuito interminable del cual pueden extraerse una historia con múltiples perspectivas, y viceversa. Así pues, con las debidas desventajas de la vulnerabilidad y volubilidad humanas, existen historias lo suficientemente tendenciosas que inspiran tanto reacciones automáticas como instantáneas;

de nuevo en referencia al cine de propaganda, o ya en casos más íntimos, el cine religioso, cuyos cimientos son y serán cuestionados de por vida.

Por fortuna conocemos de tres cintas ejemplares que no abordan sus respectivos nacionalismos o se manifiesten a favor de algún lado de la moneda, y que a pesar de su extensa información, no pontifican en absoluto como si de moralejas tratara todo objetivo, sino de contar las más impactantes historias de la humanidad. He aquí tres cintas para la eternidad, tres sugerencias para hacerse de una clase completa de investigación y drama:

GOOD NIGHT, AND GOOD LUCK (2004) de George Clooney

“We cannot defend freedom abroad by deserting it at home”.

George Clooney nos muestra, a través de su impecable trabajo de co-guionista y una formidable dirección, el conflicto entre Edward R. Murrow, pionero del radioperiodismo y los noticieros televisivos, y el afamado senador de Wisconsin, Joseph McCarthy (y digo afamado en el peor sentido para cualquier reputación) en la lucha por la libre expresión y las tendencias prohibidas de los republicanos ultraderechas. La tensión del “macartismo” prolifera con cazas anticomunistas, y Murrow, así como la propia televisora que de tanto en tanto comienza a caer en estas peligrosas tensiones políticas, da la cara con críticas certeras y de experta contundencia analítica hacia la información manipulada del senador, así como a las formas más superficiales de la publicidad.

La cinta logra que el espectador mantenga una adictiva atención a los hechos, percances y contiendas transcritas a un guion extraordinario y presentadas por actuaciones que rebasan la corporeidad de la actuación, al grado de creer que estamos ante un documental con montajes reales de primera mano que ante un drama de género.

David Strathairn interpreta a Murrow, el hombre que cambió la radio para siempre, cuando era utilizada únicamente como medio de entretenimiento, incluso distractorio (o yendo más lejos, como el medio perfecto para cundir el pánico a lo largo del país, ¿o no, Sr. Welles?). Strathairn trasciende de ‘interpretación’ a ‘transformación’; ¡él es Murrow!, regresando del tiempo atrás para volver a contarnos lo que ocurrió en esas épocas.

La intimidad de los personajes se enclaustra en el cerco de circunstancias que en cada escena se tornan más inevitables, yendo y viniendo en riesgo constante dadas las formalidades de la propia televisora, como la reputación de una vida entera. Las interacciones se sienten profesionales, aun en instantes de crisis personal, todos cooperan en la causa de dismantelar al insaciable senador, manteniendo corduras, disposición y, como mencioné, profesionalismo, haciendo de esta una visión objetiva de las difamaciones políticas hacia quienes tratan de invitarnos a pensar un tanto de lo que nos tienen permitido los medios. Pero el drama, como en toda historia, interviene a grados donde varios de los personajes deben tocar fondo, trayendo como consecuencia despidos, acusaciones públicas y muerte. La intensidad de la cinta proviene de sus diálogos y los gestos que los acompañan, de manera que una discusión entre dos personas que intentan ponerse de acuerdo respecto a una fuente de información nueva, se convierte en una circunstancia de extrema precaución, y por nuestra parte, de total atención.

El grandísimo elenco, entre los que se cuenta el propio Clooney, nos presentan a Frank Langella, Ray Wise, Jeff Daniels, Grant Heslov, Robert Downey Jr. y Patricia Clarkson, un equipo de trabajo tan atinado que, como he dicho antes, pareciera más un conjunto de testimonios extraídos como para que Asif Kapadia pudiera hacerles justicia en la exquisita unidad que caracteriza su estilo, pero se trata de un trabajo consciente, ensayado, bajo las órdenes de un George Clooney que demuestra ser un talento cinematográfico absolutamente completo.

Como dato curioso, cierta audiencia, al proyectarse la cinta, creyeron que el “actor” que hacía de Joseph McCarthy sobreactuaba y no les parecía una interpretación sutil. Brillante es la verdad cuando todas las escenas del efusivo senador son de archivos originales, el auténtico McCarthy: nunca hubo actor interpretándolo. Ahora sabemos quiénes son los dementes de la historia. En su cara y legado, senador.

SPOTLIGHT (2015) de Tom McCarthy

“They knew and they let it happen...”

La ganadora al Oscar por Mejor Película en 2015 fue, sin duda, la mejor película del año antepasado. El caso de los sacerdotes pederastas de Boston, investigado por el equipo ‘Spotlight’ del Boston Globe, pareciera a simple y conveniente vista una investigación que Hollywood podría destrozarse con tendenciosos ataques a la iglesia, con el sensacionalismo de conmover y aleccionar a lo Crash (Mejor Película, 2005). Sin importar lo impecable de su producción, se podría maniobrar con el tono dramático de personas llorando bajo la oscura sombra de tan difícil tema, con un soundtrack que apunta directo a un enojo llano, nada reflexivo, sin prestarse a la flexibilidad. Quizás por ahí se aguardaban escenas, si no gráficas, dramatizadas de uno de los abusos infantiles, ¡yo qué sé!, el niño llevado entre las sombras, tomado de la mano de un mayor sospechoso, algo que haría Clint Eastwood para Challenging o Mystic River, que en esta ocasión abarcaría cientos de casos en una sola ciudad, tantas escenas dramáticas para perturbar al espectador como lo hay extras en la vida. Simple y sencillo amarillismo.

De pronto las circunstancias nos ofrecen una cinta como pocas ha producido la inteligencia colectiva, la consciencia social en su tono más reflexivo, el Hollywood de Billy Wilder o David Fincher, el cine de los que se atreven a abarcar un tema sin manipulaciones o dramatizaciones forzadas para fines sentimentales. Nada de denuncias con gritaderas y pancartas. A la Iglesia se le denuncia con clase. Así es.

Al igual que Good Night, and Good Luck, la cinta suele confundirse de tanto en tanto con un documental. De no ser porque las contadas y valiosamente breves escenas de drama nos muestran que, en efecto, estos son actores interpretando la brutal realidad. Lo impactante de Spotlight es su entramado cuidadosamente expuesto, parte por parte, sin agotar en demasías y ofreciendo el suspenso más sobrecogedor, todo a través de conversaciones que trascienden el solo hecho de actuar una escena, datos concretos por parte de la gente correcta y, desde luego, testimonios de primera mano. Ahí están Mark Ruffalo, Michael Keaton, Rachel MacAdams, Liev Schreiber, Brian D’Arcy James, John Slattery y Stanley Tucci, todos trabajando en unidad y a contracorriente de circunstancias vedadas por burocracias eclesiásticas que, como es de esperarse, causan rabia hasta

la médula, logrando exponer —como el periodismo más fino exige a los grandes cuentacuentos de la no-ficción— a quienes encuentran en la Iglesia una vía para realizar sus atrocidades, exponiendo a la Iglesia como un sistema de vías delictivas, siempre conveniente a sus leyes, y convincente de que no hay absolutamente nada que temer, que unas cuantas manzanas podridas no afean la canasta.

Para creyentes y no creyentes, este es un festín informativo que dará en el blanco de la objetividad y la empatía hacia las víctimas.

Con un elenco tan esencial en cada una de las partes que, realmente, no podríamos elegir un solo protagonista en esta impecable investigación, Spotlight se sostiene como una cinta que un investigador puede desmenuzar con el placer de un niño en juguetería, dejando igualmente fascinado a las variadas audiencias y ofreciendo a las víctimas (y hasta victimarios) las cartas sobre la mesa, bien ordenadas, bien abordadas, y sobre todo, en total disposición de ser recordadas para bien de la perseverancia humana.

ZODIAC (2007) de David Fincher

“This is the Zodiac speaking”.

Nuevamente hallamos a Mark Ruffalo interpretando un papel investigativo. Esta vez como el detective Dave Toschi, héroe olvidado de San Francisco que se mantuvo firme en averiguar la identidad del autodenominado Zodiac killer. Contraria a la imagen típica del policía obsesionado con el caso, el Toschi de Ruffalo denota real consternación por la tranquilidad ciudadana, alguien que le importa el bienestar de los civiles. Jake Gyllenhaal, otro brillante actor al nivel de las circunstancias, hace de Robert Graysmith, el caricaturista transformado en fiero periodista al empeñarse en descubrir al Zodiac.

Hábil en acertijos y descifrando símbolos, Graysmith se une intempestiva pero acertadamente a las andanzas de Toschi, formando un dúo informal que ahondarán hasta las suposiciones menos imaginables para hallar al asesino, y más importante, su satisfacción moral. La información va hilándose con suma pulcritud, entre los inevitables percances policíacos y la terquedad de las obsesiones, con personajes que, ya sean cerrados o cooperativos, siempre brindan un detalle que sirve de trampolín al siguiente paso.

Existen los dilemas existenciales que, por fortuna, no se presentan en forma de diálogos internos o en cabezas gachas al ritmo de música lánguida y estéril. La cotidianidad lanza a los protagonistas sus debidas indirectas que los hacen salirse del cine a plena película o alejarse paulatinamente de su matrimonio.

Gran decepción se llevaron los acostumbrados a thrillers de saltos y sustos cuando toparon con una obra que, no sólo aporta al género de suspenso, sino a la cognición cinematográfica, demostrando que las películas pueden mantener fuerza narrativa con sólo exposición de datos, con disposición a plantear preguntas sin conseguir resultados fijos, pero manteniendo las convicciones tanto de rendir cuentas personales como de protección a la vida cotidiana. A esto se le agrega la particularidad estética de David Fincher, sus decisiones fílmicas ambientando la información con la oscuridad del

caso y colocando las escenas de pánico en el momento preciso, cuando el filo comienza a punzar las más terroríficas expectativas. Aquí, Fincher y su equipo redefinen el delirio ciudadano y el seguimiento policial, algo que no se veía desde 'All The President's Men' (película con la que suelen comparar a Zodiac), o yendo más lejos, 'Judgment at Nuremberg' o '12 Angry Men'.

El propio David Fincher afirmó que hacía la película no para enaltecer a un asesino de masas, sino para rendir honor a quienes investigaron su caso y no lograron la satisfacción del misterio develado. Aunque el resultado de la pesquisa no esté al alcance, es el proceso obsesivo lo que mantiene al espectador en constante apuro, en plena desgarradura del asiento, apenas parpadeando para adentrarse en siniestra y sutil profundidad a los hechos, causas y consecuencias de un asesino popular, así como de un miedo básico de la hipermodernidad: la paranoia.

Parfraseando de nuevo a Fincher, aquí no verás a un hombre en las sombras afilando sus cuchillos (nos bastaron los extraordinarios créditos de apertura en *Se7en*, la segunda cinta de Fincher, para resumir tal situación), sino a las personas involucradas que entregaron sus vidas a la búsqueda. Un tributo hecho y derecho a los justicieros cotidianos, *Zodiac* —repito— es una cinta para la eternidad, una de las mejores en desarrollo de investigación y, personalmente, una de las mejores que jamás he visto.